

ANTOLOGÍA DE POESÍA MEDIEVAL

I. ROMANCERO.

1. Romances Carolingios.

Romance de Doña Alda

En París está doña Alda,
la esposa de don Roldán,
trescientas damas con ella
para la acompañar:
todas visten un vestido,
todas calzan un calzar,
todas comen a una mesa,
todas comían de un pan,
si no era doña Alda,
que era la mayoral;
las ciento hilaban oro,
las ciento tejen cendal,
las ciento tañen instrumentos
para doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos
doña Alda dormido se ha;
ensoñado había un sueño,
un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida
y con un pavor muy grande;
los gritos daba tan grandes
que se oían en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
bien oiréis lo que dirán:
—¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Quién es el que os hizo mal?
—Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar:
que me veía en un monte
en un desierto lugar:
do so los montes muy altos
un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla
que lo ahínca muy mal.

El azor, con grande cuita,
metióse so mi brial,
el aguililla, con gran ira,
de allí lo iba a sacar;
con las uñas lo despluma,
con el pico lo deshace.
Allí habló su camarera,
bien oiréis lo que dirá:
—Aquese sueño, señora,
bien os lo entiendo soltar:
el azor es vuestro esposo
que viene de allén la mar,
el águila sedes vos,
con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia,
donde os han de velar.
—Si así es, mi camarera,
bien te lo entiendo pagar.
Otro día de mañana
cartas de fuera le traen:
tintas venían por dentro,
de fuera escritas con sangre,
que su Roldán era muerto
en caza de Roncesvalles.

<p><u>Romance de Rosaflorida</u></p> <p>En Castilla está un castillo, que se llama Rocafrida; al castillo llaman Roca, y a la fonte llaman Frida. El pie tenía de oro y almenas de plata fina; entre almena y almena está una piedra zafira; tanto relumbra de noche como el sol a mediodía. Dentro estaba una doncella que llaman Rosaflorida; siete condes la demandan, tres duques de Lombardía; a todos les desdeñaba, tanta es su lozanía. Enamoróse de Montesinos de oídas, que no de vista. Una noche estando así, gritos da Rosaflorida;</p>	<p>- "¿Qu'es aquesto, mi señora? - ¿Qu'es esto, Rosaflorida? "O tenedes mal de amores, o estáis loca sandía." -"Ni yo tengo mal de amores, ni estoy loca sandía, "mas lleváseme estas cartas a Francia la bien guarnida; "diéselas a Montesinos, la cosa que yo más quería; "dile que me venga a ver para la Pascua Florida; "darle he siete castillos los mejores que hay en Castilla; "y si de mí más quisiere yo mucho más le daría: "darle he yo este mi cuerpo, el más lindo que hay en Castilla, "si no es el de mi hermana, que de fuego sea ardida."</p>
--	--

2. Romances líricos y novelescos.

<p><u>Romance de Blanca niña</u></p> <p>Blanca sois, señora mía más que el rayo del sol, ¿si la dormiré esta noche Desarmado y sin pavor? Que siete años había, siete, que no me desarmo, no; más negras tengo mis carnes Que un tizado carbón. -Dormidla, señor, dormidla, desarmado sin temor, que el conde es ido a la caza A los montes de León. -Rabia le mate los perros y águilas el su halcón, y del monte hasta casa A él arrastre el morón. Ellos en aquesto estando su marido que llegó: -¿Qué hacéis, la blanca niña, Hija de padre traidor?</p>	<p>-Señor, peino mis cabellos, péinelos con gran dolor, que me dejáis a mí sola Y a los montes os vais vos. -Esas palabras, la niña, no era sino traición: ¿Cuyo es aquel caballo Que allá bajo relinchó? -Señor, era de mi padre, Y enviolos para vos. -¿Cuyas son aquellas armas Que están en el corredor? -Señor, eran de mi hermano, Y hoy vos las envió. -¿Cúya es aquella lanza, Desde aquí la veo yo? -Tomadla, conde, tomadla, matadme con ella vos, que aquesta muerte, buen conde, Bien os la merezco yo.</p>
--	--

<p><u>Romance de la misa de amor</u></p> <p>Mañanita de San Juan, mañanita de <u>primor</u>, cuando damas y galanes van a oír misa mayor. Allá va la mi señora, Entre todas la mejor; Viste <u>saya</u> sobre saya, <u>mantellín</u> de <u>tornasol</u>, camisa con oro y perlas bordada en el <u>cabezón</u>. En la su boca muy linda lleva un poco de dulzor; en la su cara tan blanca un poquito de <u>arrebol</u>,</p>	<p>y en los sus ojuelos <u>garzos</u> lleva un poco de alcohol; así entraba por la iglesia <u>relumbrando</u> como el sol. Las damas mueren de envidia, y los galanes de amor. El que cantaba en el coro, en el <u>credo</u> se perdió; el <u>abad</u> que dice misa, ha trocado la lición; <u>monacillos</u> que le ayudan, no aciertan a responder, non, por decir amén, amén, decían amor, amor.</p>
---	--

<p><u>Romance del Conde Niño</u></p> <p>Conde Niño, por amores es niño y pasó a la mar; va a dar agua a su caballo la mañana de San Juan. Mientras el caballo bebe él canta dulce cantar; todas las aves del cielo se paraban a escuchar; caminante que camina olvida su caminar, navegante que navega la nave vuelve hacia allá. La reina estaba labrando, la hija durmiendo está: -Levantaos, Albaniña, de vuestro dulce folgar, sentiréis cantar hermoso la sirenita del mar. -No es la sirenita, madre, la de tan bello cantar, si no es el Conde Niño que por mí quiere finar. ¡Quién le pudiese valer en su tan triste penar! -Si por tus amores pena, ¡oh, malhaya su cantar!</p>	<p>y porque nunca los goce yo le mandaré matar. -Si le manda matar, madre juntos nos han de enterrar. Él murió a la media noche, ella a los gallos cantar; a ella como hija de reyes la entierran en el altar, a él como hijo de conde unos pasos más atrás. De ella nació un rosal blanco, de él nació un espino albar; crece el uno, crece el otro, los dos se van a juntar; las ramitas que se alcanzan fuertes abrazos se dan, y las que no se alcanzaban no dejan de suspirar. La reina, llena de envidia, ambos los mandó cortar; el galán que los cortaba no cesaba de llorar; della naciera una garza, dél un fuerte gavilán juntos vuelan por el cielo, juntos vuelan a la par.</p>
---	---

3. Romances fronterizos.

<p><u>Romance del Rey Moro que perdió Alhama</u></p> <p>Paseábase el rey moro por la ciudad de Granada, desde la puerta de Elvira hasta la de Vivarrambla. «¡Ay de mi Alhama!»</p> <p>Cartas le fueron venidas que Alhama era ganada: las cartas echó en el fuego, y al mensajero matara. «¡Ay de mi Alhama!»</p> <p>Descabalga de una mula, y en un caballo cabalga; por el Zacatín arriba subido se había al Alhambra. «¡Ay de mi Alhama!»</p> <p>Como en el Alhambra estuvo, al mismo punto mandaba que se toquen sus trompetas, sus añafiles de plata. «¡Ay de mi Alhama!»</p> <p>Y que las cajas de guerra aprieta toquen al arma, porque lo oigan sus moros, los de la Vega y Granada. «¡Ay de mi Alhama!»</p>	<p>Los moros que el son oyeron que al sangriento Marte llama, uno a uno y dos a dos juntado se ha gran batalla. «¡Ay de mi Alhama!»</p> <p>Allí habló un moro viejo, de esta manera hablara: —¿Para qué nos llamas, rey, para qué es esta llamada?— «¡Ay de mi Alhama!»</p> <p>—Habéis de saber, amigos, una nueva desdichada: que cristianos de braveza ya nos han ganado Alhama. «¡Ay de mi Alhama!»</p> <p>Allí habló un alfaquí de barba crecida y cana: —¡Bien se te emplea, buen rey, buen rey, bien se te empleara! «¡Ay de mi Alhama!»</p> <p>Mataste los Bencerrajes, qu'eran la flor de Granada; cogiste los tornadizos de Córdoba la nombrada. «¡Ay de mi Alhama!»</p> <p>Por eso mereces, rey, una pena muy doblada: que te pierdas tú y el reino, y aquí se pierda Granada.— «¡Ay de mi Alhama!»</p>
--	---

II. MESTER DE JUGLARÍA.

Poema de Mío Cid.

Dijo el Cid: "Estáos todos quedos en este lugar;
que nadie salga de filas sin que me lo oiga mandar".
Aquel buen Pedro Bermúdez no puede aguantarse más,
bandera en mano comienza su caballo a espolear.
"¡Que el Creador nos asista, Cid Campeador leal!
En medio de aquella tropa voy la bandera a llevar,
los que deben defenderla ya me la defenderán".
Dijo entonces Mío Cid: "¡No lo hagáis, por caridad!"
Repuso Pedro Bermúdez: "Tal como digo se hará".
Su caballo espoleó y entra donde había más.
Los moros ya la bandera le quieren arrebatarse,
hiérenle, más la loriga no se la pueden quebrar.
Dijo entonces Mío Cid- "¡Valedle, por caridad!"

(Los del Cid acometen para socorrer a Pedro Bermúdez)

Embrazaron los escudos delante del corazón,
las lanzas ponen en ristre envueltas con su pendón,
todos inclinan las caras por encima del arzón
y arrancan contra los moros con muy bravo corazón.
A grandes voces decía el que en buen hora nació:
"¡Heridlos, mis caballeros, por amor del Creador,
aquí está el Cid, don Rodrigo Díaz el Campeador!"
Todos caen sobre el grupo donde Bermúdez entró.
Éranse trescientas lanzas, cada cual con su pendón.
Cada guerrero del Cid a un enemigo mató,
al revolver para atrás otros tantos muertos son.

(Destrozan las haces enemigas)

Allí vierais tantas lanzas, todas subir y bajar,
allí vierais tanta adarga romper y agujerear,
las mallas de las lorigas allí vierais quebrantar
y tantos pendones blancos que rojos de sangre están
y tantos buenos caballos que sin sus jinetes van.
A Santiago y a Mahoma todo se vuelve invocar.
Por aquel campo caídos, en un poco de lugar
de moros muertos había unos mil trescientos ya.

(Mención de los principales caballeros cristianos)

¡Qué bien que estaba luchando sobre su dorado arzón
don Rodrigo de Vivar, ese buen Campeador!
Están con él Álvar Fáñez, el que Zurita mandó
el buen Martín Antolínez, ese burgalés de pro,
Muño Gustioz que en la misma casa del Cid se crió,

Martín Muñoz el que estuvo mandando Montemayor,
Álvar Salvadórez y el buen Álvar Alvaroz,
ese Galindo Garcíaz, buen guerrero de Aragón,
y el sobrino de Rodrigo por nombre Félez Muñoz.
Con ellos la tropa entera del Cid en la lucha entró
a socorrer la bandera y a su Cid Campeador.

(Minaya, en peligro. El Cid hiere a Fáriz)

Al buen Minaya Álvar Fáñez le mataron el caballo
pero a socorrerle fueron las mesnadas de cristianos.
La lanza tiene quebrada, a la espada metió mano,
aunque luchaba de pie buenos tajos iba dando.
Ya le ha visto Mío Cid Ruy Díaz el Castellano,
se va para un jefe moro que tenía buen caballo
y con la mano derecha descárgale fuerte tajo,
por la cintura le corta y le echa en medio del campo.
Al buen Minaya Álvar Fáñez le fue a ofrecer el caballo.
"Cabalgad en él, Minaya, que vos sois mi diestro brazo.
Hoy de todo vuestro apoyo me veo necesitado;
muy firmes están los moros, no ceden aún el campo:
es menester que otra vez fuertes les arremetamos".
Montó a caballo Minaya, y con su espada en la mano
por entre las fuerzas moras muy bravo siguió luchando.
Enemigos que él alcanza la vida les va quitando.
Mientras tanto Mío Cid de Vivar el bienhadado
al emir Fáriz tres tajos con la espada le ha tirado
le fallan los dos primeros, el tercero le ha acertado;
ya por la loriga abajo va la sangre destilando,
vuelve grupas el emir para escaparse del campo.
Por aquel golpe del Cid la batalla se ha ganado.

III. MESTER DE CLERECÍA.

Libro de Buen Amor El pintor Pitas Payas.

Estrofas 472-485

No abandones tu dama, no dejes que esté quieta,
siempre requieren uso mujer, molino y huerta;
no quieren en su casa pasar días de fiesta,
no quieren el olvido; cosa probada y cierta.
Es cosa bien segura: molino andando gana,
huerta mejor labrada da la mejor manzana,
mujer muy querida anda siempre lozana;
con estas tres verdades no obrarás cosa vana.
Dejó uno a su mujer (te contaré la hazaña;
si la estimas en poco, cuéntame otra tamaña).
Era don Pitas Payas un pintor de Bretaña,
casó con mujer joven que amaba la compañía.

Antes del mes cumplido dijo él: —*Señora mía,
a Flandes volo ir, regalos portaría.*
Dijo ella: —*Monseñer, escoged vos el día,
mas no olvidéis la casa ni la persona mía.*
Dijo don Pitas Payas: —*Dueña de la hermosura,
yo volo en vuestro cuerpo pintar una figura
para que ella os impida hacer cualquier locura.*
Contestó: Monseñer, haced vuestra medida.
Pintó bajo su ombligo un pequeño cordero
y marchó Pitas Payas cual nuevo mercadero;
estuvo allá dos años, no fue azar pasajero.
Cada mes a la dama parece un año entero.
Hacía poco tiempo que ella estaba casada,
había con su esposo hecho poca morada;
un amigo tomó y estuvo acompañada,
deshízose el cordero, ya de él no queda nada.
Cuando supo la dama que venía el pintor,
muy de prisa llamó a su nuevo amador;
dijo que le pintase, cual supiese mejor,
en aquel lugar mismo un cordero menor.
Pero con la gran prisa pintó un señor carnero,
cumplido de cabeza, con todo un buen apero:
Luego, al siguiente día, vino allí un mensajero:
que ya don Pitas Payas llegaría ligero.
Cuando al fin el pintor de Flandes fue venido,
su mujer, desdeñosa, fría le ha recibido:
cuando ya en su mansión con ella se ha metido,
la señal que pintara no ha echado en olvido.
Dijo don Pitas Payas: —*Madona, perdonad,
mostradme la figura y tengamos solaz.*
—Monseñer —dijo ella—, vos mismo la mirad:
todo lo que quisierdes hacer, hacedlo audaz.
Miró don Pitas Payas el sabido lugar
y vio aquel gran carnero con armas de prestar.
— *¿Cómo, madona, es esto? ¿Cómo puede pasar
que yo pinté corder y encuentro este manjar?*
Como en estas razones es siempre la mujer
sutil y mal sabida, dijo: — *¿Qué, monseñer?
¿Petit corder, dos años, no se ha de hacer corder?*
Si no tardaseis tanto aún sería corder.
Por tanto, ten cuidado, no abandonés la pieza,
no seas Pitas Payas, para otro no se cueza;
incita a la mujer con gran delicadeza
y si promete al fin, guárdate de tibieza.

IV. COPLAS DE DON JORGE MANRIQUE POR LA MUERTE DE SU PADRE.

<p style="text-align: center;">I</p> <p>Recuerde el alma dormida, avive el seso e despierte contemplando cómo se passa la vida, cómo se viene la muerte tan callando; cuán presto se va el plazer, cómo, después de acordado, da dolor; cómo, a nuestro parescer, cualquiere tiempo passado fue mejor.</p> <p style="text-align: center;">II</p> <p>Pues si vemos lo presente cómo en un punto s'es ido e acabado, si juzgamos sabiamente, daremos lo non venido por passado. Non se engañe nadi, no, pensando que ha de durar lo que espera más que duró lo que vio, pues que todo ha de passar por tal manera.</p> <p style="text-align: center;">III</p> <p>Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, qu'es el morir; allí van los señoríos derechos a se acabar e consumir; allí los ríos caudales, allí los otros medianos e más chicos, allegados, son iguales los que viven por sus manos e los ricos.</p>	<p style="text-align: center;">INVOCACIÓN</p> <p style="text-align: center;">IV</p> <p>Dexo las invocaciones de los famosos poetas y oradores; non curo de sus ficciones, que traen yerbas secretas sus sabores. Aquél sólo m'encomiendo, Aquél sólo invoco yo de verdad, que en este mundo viviendo, el mundo non conoció su deidad.</p> <p style="text-align: center;">V</p> <p>Este mundo es el camino para el otro, qu'es morada sin pesar; mas cumple tener buen tino para andar esta jornada sin errar. Partimos quando nascemos, andamos mientras vivimos, e llegamos al tiempo que feneçemos; assí que quando morimos, descansamos.</p> <p style="text-align: center;">VI</p> <p>Este mundo bueno fue si bien usásemos dél como debemos, porque, segund nuestra fe, es para ganar aquél que atendemos. Aun aquel fijo de Dios para sobirnos al cielo descendió a nescer acá entre nos, y a vivir en este suelo do murió.</p>
--	--

VII

Si fuesse en nuestro poder
 hazer la cara hermosa
 corporal,
 como podemos hazer
 el alma tan gloriosa
 angelical,
 ¡qué diligencia tan viva
 toviéramos toda hora
 e tan presta,
 en componer la cativa,
 dexándonos la señora
 descompuesta!

VIII

Ved de cuán poco valor
 son las cosas tras que andamos
 y corremos,
 que, en este mundo traidor,
 aun primero que muramos
 las perdemos.
 Dellas deshaze la edad,
 dellas casos desastrados
 que acaecen,
 dellas, por su calidad,
 en los más altos estados
 desfallescén.

IX

Dezidme: La hermosura,
 la gentil frescura y tez
 de la cara,
 la color e la blancura,
 cuando viene la vejez,
 ¿cuál se para?
 Las mañas e ligereza
 e la fuerça corporal
 de juventud,
 todo se torna graveza
 cuando llega el arrabal
 de senectud.

X

Pues la sangre de los godos,
 y el linaje e la nobleza
 tan crescida,
 ¡por cuántas vías e modos
 se pierde su grand alteza
 en esta vida!
 Unos, por poco valer,
 por cuán baxos e abatidos
 que los tienen;
 otros que, por non tener,
 con oficios non debidos
 se mantienen.

XI

Los estados e riqueza,
 que nos dexen a deshora
 ¿quién lo duda?,
 non les pidamos firmeza.
 pues que son d'una señora;
 que se muda,
 que bienes son de Fortuna
 que revuelven con su rueda
 presurosa,
 la cual non puede ser una
 ni estar estable ni queda
 en una cosa.

XII

Pero digo c'acompañen
 e lleguen fasta la fuessa
 con su dueño:
 por esso non nos engañen,
 pues se va la vida apriessa
 como sueño,
 e los deleites d'acá
 son, en que nos deleitamos,
 temporales,
 e los tormentos d'allá,
 que por ellos esperamos,
 eternos.

XIII

Los plazer e dulçores
desta vida trabajada
que tenemos,
non son sino corredores,
e la muerte, la çelada
en que caemos.
Non mirando a nuestro daño,
corremos a rienda suelta
sin parar;
desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta
no hay lugar.

XIV

Esos reyes poderosos
que vemos por escripturas
ya passadas
con casos tristes, llorosos,
fueron sus buenas venturas
trastornadas;
assí, que no hay cosa fuerte,
que a papas y emperadores
e perlados,
assí los trata la muerte
como a los pobres pastores
de ganados.

XV

Dexemos a los troyanos,
que sus males non los vimos,
ni sus glorias;
dexemos a los romanos,
aunque oímos e leímos
sus hestorias;
non curemos de saber
lo d'aquel siglo passado
qué fue d'ello;
vengamos a lo d'ayer,
que también es olvidado
como aquello.

XVI

¿Qué se hizo el rey don Joan?
Los infantes d'Aragón
¿qué se hizieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué de tanta invinción
como truxeron?
¿Fueron sino devaneos,
qué fueron sino verduras
de las eras,
las justas e los torneos,
paramentos, bordaduras
e çimeras?

XVII

¿Qué se hizieron las damas,
sus tocados e vestidos,
sus olores?
¿Qué se hizieron las llamas
de los fuegos encendidos
d'amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel dançar,
aquellas ropas chapadas
que traían?

XVIII

Pues el otro, su heredero
don Anrique, ¡qué poderes
alcançaba!
¡Cuánd blando, cuánd halaguero
el mundo con sus plazer
se le daba!
Mas verás cuánd enemigo,
cuánd contrario, cuánd cruel
se le mostró;
habiéndole sido amigo,
¡cuánd poco duró con él
lo que le dio!

XIX

Las dávidas desmedidas,
 los edeficios reales
 llenos d'oro,
 las vaxillas tan fabridas
 los enriques e reales
 del tesoro,
 los jaezes, los caballos
 de sus gentes e atavíos
 tan sobrados
 ¿dónde iremos a buscallos?;
 ¿qué fueron sino rocíos
 de los prados?

XX

Pues su hermano el inocente
 qu'en su vida sucesor
 se llamó
 ¡qué corte tan excelente
 tuvo, e cuánto grand señor
 le siguió!
 Mas, como fuesse mortal,
 metióle la Muerte luego
 en su fragua.
 ¡Oh júicio divinal!,
 cuando más ardía el fuego,
 echaste agua.

XXI

Pues aquel grand Condestable,
 maestre que conoscimos
 tan privado,
 non cumple que dél se hable,
 mas sólo como lo vimos
 degollado.
 Sus infinitos tesoros,
 sus villas e sus lugares,
 su mandar,
 ¿qué le fueron sino lloros?,
 ¿qué fueron sino pesares
 al dexar?

XXII

E los otros dos hermanos,
 maestros tan prosperados
 como reyes,
 c'a los grandes e medianos
 truxieron tan sojuzgados
 a sus leyes;
 aquella prosperidad
 qu'en tan alto fue subida
 y ensalzada,
 ¿qué fue sino claridad
 que cuando más encendida
 fue amatada?

XXIII

Tantos duques excelentes,
 tantos marqueses e condes
 e varones
 como vimos tan potentes,
 dí, Muerte, ¿dó los escondes,
 e traspones?
 E las sus claras hazañas
 que hizieron en las guerras
 y en las pazes,
 cuando tú, cruda, t'ensañas,
 con tu fuerça, las atierras
 e desfazes.

XXIV

Las huestes innumerables,
 los pendones, estandartes
 e banderas,
 los castillos impugnables,
 los muros e baluartes
 e barreras,
 la cava honda, chapada,
 o cualquier otro reparo,
 ¿qué aprovecha?
 Cuando tú vienes airada,
 todo lo passas de claro
 con tu flecha.

XXV

Aquel de buenos abrigo,
amado, por virtuoso,
de la gente,
el maestre don Rodrigo
Manrique, tanto famoso
e tan valiente;
sus hechos grandes e claros
non cumple que los alabe,
pues los vieron;
ni los quiero hazer caros,
pues qu'el mundo todo sabe
cuáles fueron.

XXVI

Amigo de sus amigos,
¡qué señor para criados
e parientes!
¡Qué enemigo d'enemigos!
¡Qué maestro d'esforçados
e valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
¡Qué benino a los sujetos!
¡A los bravos e dañosos,
qué león!

XXVII

En ventura, Octaviano;
Julio César en vencer
e batallar;
en la virtud, Africano;
Aníbal en el saber
e trabajar;
en la bondad, un Trajano;
Tito en liberalidad
con alegría;
en su braço, Aureliano;
Marco Atilio en la verdad
que prometía.

XXVIII

Antoño Pío en clemencia;
Marco Aurelio en igualdad
del semblante;
Adriano en la elocuencia;
Teodosio en humanidad
e buen talante.
Aurelio Alexandre fue
en disciplina e rigor
de la guerra;
un Constantino en la fe,
Camilo en el grand amor
de su tierra.

XXIX

Non dexó grandes tesoros,
ni alcançó muchas riquezas
ni vaxillas;
mas fizo guerra a los moros
ganando sus fortalezas
e sus villas;
y en las lides que venció,
cuántos moros e cavallos
se perdieron;
y en este oficio ganó
las rentas e los vasallos
que le dieron.

XXX

Pues por su honra y estado,
en otros tiempos passados
¿cómo s'hubo?
Quedando desamparado,
con hermanos e criados
se sostuvo.
Después que fechos famosos
fizo en esta misma guerra
que hazía,
fizo tratos tan honrosos
que le dieron aun más tierra
que tenía.

XXXI

Estas sus viejas hestorias
que con su braço pintó
en joventud,
con otras nuevas victorias
agora las renovó
en senectud.

Por su gran habilidad,
por méritos e ancianía
bien gastada,
alcançó la dignidad
de la grand Caballería
dell Espada.

XXXII

E sus villas e sus tierras,
ocupadas de tiranos
las halló;
mas por çercos e por guerras
e por fuerça de sus manos
las cobró.

Pues nuestro rey natural,
si de las obras que obró
fue servido,
dívalo el de Portugal,
y, en Castilla, quien siguió
su partido.

XXXIII

Después de puesta la vida
tantas vezes por su ley
al tablero;
después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero;
después de tanta hazaña
a que non puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa d'Ocaña
vino la Muerte a llamar
a su puerta,

XXXIV

diziendo: "Buen caballero,
dexad el mundo engañoso
e su halago;
vuestro corazón d'azero
muestre su esfuerço famoso
en este trago;
e pues de vida e salud
fezistes tan poca cuenta
por la fama;
esfuércese la virtud
para sofrir esta afruenta
que vos llama."

XXXV

"Non se vos haga tan amarga
la batalla temerosa
qu'esperáis,
pues otra vida más larga
de la fama gloriosa
acá dexáis.

Aunqu'esta vida d'honor
tampoco no es eternal
ni verdadera;
mas, con todo, es muy mejor
que la otra temporal,
peresçedera."

XXXVI

"El vivir qu'es perdurable
non se gana con estados
mundanales,
ni con vida delectable
donde moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
e con lloros;
los caballeros famosos,
con trabajos e aflicciones
contra moros."

<p>XXXVII</p> <p>"E pues vos, claro varón, tanta sangre derramastes de paganos, esperad el galardón que en este mundo ganastes por las manos; e con esta confiança e con la fe tan entera que tenéis, partid con buena esperança, qu'estotra vida tercera ganaréis."</p> <p>[Responde el Maestro:]</p> <p>XXXVIII</p> <p>"Non tengamos tiempo ya en esta vida mesquina por tal modo, que mi voluntad está conforme con la divina para todo; e consiento en mi morir con voluntad plazentera, clara e pura, que querer hombre vivir cuando Dios quiere que muera, es locura."</p>	<p>[Del maestro a Jesús]</p> <p>XXXIX</p> <p>"Tú que, por nuestra maldad, tomaste forma servil e baxo nombre; tú, que a tu divinidad juntaste cosa tan vil como es el hombre; tú, que tan grandes tormentos sofriste sin resistencia en tu persona, non por mis merescimientos, mas por tu sola clemencia me perdona".</p> <p>FIN</p> <p>XL</p> <p>Assí, con tal entender, todos sentidos humanos conservados, cercado de su mujer y de sus hijos e hermanos e criados, dio el alma a quien gela dio (el cual la ponga en el cielo en su gloria), que aunque la vida perdió, dexónos harto consuelo su memoria.</p>
--	---